sin descaimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á blancura, ó tan lejos de la obscuridad, que parecía extranjero entre los de su nación. El rostro, sin facción que hiciese disonancia entre las demás, daba señal de la fiereza interior, tan enseñado á la estimación ajena, que aun estando afligido, no acababa de perder la majestad. La Emperatriz, que sería de la misma edad, se hacía reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, más varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Moctezuma, ó según otros su hija."

Resumiendo lo que hemos dicho sobre el poema *La Hernandia*, resulta que tiene las buenas cualidades y los defectos siguientes:

El hecho de la conquista de México, de la manera que se verificó, es verdaderamente maravilloso, y por lo mismo digno del poema épico-histórico. Para apreciar debidamente el argumento de la "Conquista de México" debemos fijarnos en esta idea: se trata de una lucha en que la inteligencia de unos pocos vence al poder físico de muchos; pugna en que el espíritu domina á la materia; la habilidad de Cortés á la fuerza de Moctezuma. Juzgando con imparcialidad al jefe español, debemos convenir en que no sólo fué guerrero, sino hombre de estado; en que para consumar la empresa que acometió no bastaba el valor, sino que era preciso el genio. La acción del poema reconcentrada en Cortés, y el estado de guerra entre naciones distintas son circunstancias propias del poema épico. Es recomendable la fidelidad histórica en una gran parte de la narración poética, habiendo seguido Ruiz de León, según parece, al célebre escritor español Solís. Se encuentran en el poema episodios interesantes como la historia de los antiguos mexicanos, y adornos bien desempeñados como el discurso de Maxicatzin en el Senado. El lenguaje es generalmente castizo, el tono frecuentemente elevado, y la versi-



ficación á veces sonora. No faltan en algunos pasajes viveza de colorido, animación y rasgos brillantes. El desenlace del poema es feliz, según las reglas del arte.

Son pálidos é incompletos los retratos de personajes tan notables como Moctezuma y Guatimotzin. Se encuentran algunas descripciones nimias y otras exageradas como la de México; y episodios de por sí interesantes, mal ejecutados, como la destrucción de las naves españolas. El defecto dominante en el poema es el gongorismo, mezclado con algunas locuciones prosaicas: ya hemos explicado en varios lugares de esta obra en qué consisten los vicios del gongorismo y del prosaísmo. Por último, creemos también digno de censura, que en la *Hernandia* se omitiera toda referencia á la interesantísima *Doña Marina*, la joven, la hermosa mexicana enamorada de su señor, partícipe de sus fatigas y que sirvió á los españoles, no sólo de intérprete, sino de consejera. Doña Marina es la Briseida de la Iliada Mexicana. Recomendamos el interesante estudio de Doña Marina, escrito por Luciano Biast: se ha publicado una traducción española en la *República Literaria* de Guadalajara. Sosa, en sus *Biografías*, ha defendido bien á Doña Marina de los injustos cargos que hizo á ésta el biógrafo Olmedo y Lama. Entre los defectos de la *Hernandia* también merece considerarse que la acción empieza antes de lo debido; que el retrato de Cortés es muy prolijo; que hay digresiones inútiles.

En una palabra, la *Hernandia* no pasa de ser "ensayo defectuoso de un poema épico-histórico," y aunque superior al *Peregrino Indiano* de Guzmán, es inferior al *Nuevo Mundo* por Terrazas: de este último poema se conocen algunos fragmentos, según dijimos en el capítulo primero. Saavedra Guzmán es prosaico y aun vulgar; Ruiz de León gongorista; Terrazas pertenece á la escuela clásica de Herrera ó sevillana que no puede ser tachada sino de alguna afectación. Del poema sobre la conquista de Nuevo México por Villagra hemos hablado en el capítulo 4º, y de otros poemas escritos en nuestro

país, relativos á su conquista hablaremos al fin del presente capítulo. De composiciones poéticas extranjeras, con el argumento dicho, nada nos toca manifestar porque nuestro libro no es de literatura *comparada*. Sin embargo, advertiremos que hasta ahora no hemos hallado ninguna á la altura del asunto, exceptuando los conocidos cantos de Vaca Guzmán y de Moratín.

Relativamente al otro poema de Ruíz de León, *La Tebaida Indiana*, nada podemos decir porque no le conocemos, y respecto al libro intitulado *Mirra Dulce* haremos breves observaciones.

***

*La Mirra Dulce* es el título gongorino de una colección de décimas que comprueban el ingenio fecundo del autor, nada menos que 330 sobre un mismo asunto, los dolores de la Virgen María al pié de la cruz. Esas décimas no son tan defectuosas como *La Hernandia* porque en ellas se encuentra menos gongorismo, y suelen tener más naturalidad y sencillez, reunidas estas circunstancias, en ocasiones, á un lenguaje correcto y una versificación fluida. Pondremos dos ejemplos de la *Mirra Dulce*, uno de la parte defectuosa y otro de la parte aceptable.

Estaba la dolorosa,
¡O compasión de un azar!
Si te atreves á este estar,
Habla, si puedes medrosa,
Estaba ¡ó suerte penosa!
Estaba ¡ó desdicha brava!
Estaba ¡el vivir se acaba!
Mas si en los dolores que hubo,
No explica amor como estuvo,
Sienta el dolor como estaba.

No es posible, con retruécanos como los de la décima anterior, expresar el sentimiento religioso, el que requiere más



espontaneidad, el que tiene por tipo las sagradas escrituras, cuyo carácter es una sencillez majestuosa.

Estaba la dolorosa
Madre, mirando paciente,
A su hijo en la cruz pendiente,
Al pié de la cruz llorosa;
A cuya alma generosa,
Dolorida y contristada,
Atravesó dura espada;
¡O que triste y afligida
Estaba la engrandecida
Del Unigénito amada!

La décima anterior se acerca algo más al gusto de la poesía religiosa, expresa mejor el amor divino, el amor purificado y enteramente espiritual convertido en amargura de aquella mujer á quien se aplican estas palabras de Isaías: "¡Oh vosotros cuantos pasáis por este camino, atended y considerad si hay dolor como el dolor mío."

***

Vamos á concluir este capítulo formando un catálogo de las obras, en verso, sobre la conquista de México, escritas por mexicanos ó residentes en nuestro país.

*El Peregrino Indiano*, poema por Saavedra Guzmán, de quien hablamos en el capítulo III.

*El Nuevo Mundo*, poema por Terrazas, de quien hablamos en el capítulo I.

*La Conquista de Nuevo México*, poema por Villagra, citado en el capítulo IV.

*La Hernandia*, objeto del presente capítulo.

*La Cortesiada*, poema por el Padre Castro, citado en el capítulo X.

*Canto á Cortés en Ulúa*, impreso en México, 1808, escrito por D. José González Torres de Navarra, disfrazado con el nombre de aquel Gerónimo Aguilar, hallado por Cortés en

Cozumel. González Torres nació en Sevilla, pero estuvo algún tiempo en México.

*Origen y conquista de México*, en verso heroico, por el capitán D. Luis Angel Betancourt.

Como ejemplo de las historias rimadas, sin mérito alguno artístico, que se escribieron en México, puede citarse la *Historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios*, por el capitán D. Luis Angel Betancourt. Fué compuesta el siglo XVII, y la hemos visto inédita en poder del Sr. García Icazbalceta. Según noticia del padre colector Vega, puesta al frente de la historia citada, "Betancourt vino á Nueva España en 1608, como constaba de un antiguo manuscrito intitulado *Ramillete de flores divinas y humanas*, en que reunió "Betancourt varias poesías de su numen." Al fin de la *Historia de Nuestra Señora de los Remedios*, se encuentran dos sonetos de Betancourt, tan mal escritos como la *Historia*. En ésta (octava sexta) declara su autor haber escrito en verso heroico "el origen y conquista de México, siguiendo al cronista Gomara."

Algunos poetas existentes que no nos corresponde mencionar, según nuestro plan, han escrito en verso sobre la conquista de México. Nos limitaremos á hacer algunas observaciones al prólogo, escrito por el Sr. Altamirano, que precede al poema intitulado Cuauhtemoc de D. Eduardo Valle. El prólogo del Sr. Altamirano no nos parece un juicio imparcial, sino una invectiva apasionada contra los españoles. Altamirano no se fijó en examinar si Cuauhtemoc puede ser propiamente protagonista de un poema épico. No, en nuestro concepto, por las razones que vamos á exponer. Uno es el criterio histórico y otro el literario: en el punto de vista histórico, Cuauhtemoc es digno de elogio y de lástima; lo primero por su brava defensa de la ciudad de México; lo segundo por la inhumanidad con que le sacrificaron los españoles; pero en el punto de vista literario, ni la opinión de los mejores preceptistas, ni el uso de grandes poetas, ni la razón,



permiten que Cuauhtemoc sea protagonista de un poema. El protagonista de un poema debe excitar la admiración, y la admiración no puede excitarla un príncipe vencido que no muere entre sus soldados, ó como Catón en Utica, sino que huye y es aprendido al lado de su mujer. Revilla, en sus *Principios de literatura*, enseña que en un poema épico el personaje vencido puede desempeñar el papel importante de contra-protagonista, pero nunca de protagonista. Por lo tanto, Cuauhtemoc queda bien como objeto principal de una novela, leyenda ó tragedia, y no de un poema épico.

Altamirano, en el prólogo que nos ocupa, califica á los conquistadores de México, de asesinos, bandidos, ladrones, etc., olvidando que en el siglo XVI la conquista se consideraba como un derecho, y que las naciones modernas civilizadas han adquirido con las armas, los países que habitan. En México, los ascendientes de Altamirano, los aztecas, por medio de la fuerza, fundaron un vasto imperio. Agrega Altamirano, que los indios mismos, y no los españoles, hicieron la conquista de México. Quiere decir que los primeros fueron traidores á su patria y unos imbéciles que se forjaron cadenas á sí mismos; quiere decir que los castellanos fueron hábiles políticos manejando á los indios como convenía á sus intentos. Esos indios, que ayudaron á los españoles en la conquista de México, no contribuyeron, por medio de sus sucesores, á hacer la independencia, la cual fué obra de los mestizos y de algunos españoles.

Asegura Altamirano que nada bueno se ha escrito, en verso, acerca de la conquista de México, olvidando el apreciable poema de Terrazas "El Nuevo Mundo," y haciendo á un lado los excelentes cantos á Cortés de Moratín y de Vaca Guzmán, premiados por la Academia española.

---